

# URBANO VII: UN PAPA DE TRECE DÍAS

POR

ENRIQUE GARCÍA HERNÁN

*Roma*

## RESUMEN

El autor presenta una breve biografía de Urbano VII (1521-1590) y un estudio de lo que supuso su corto pontificado para la monarquía hispánica, apoyándose en la documentación de los archivos de Simancas, Venecia y Vaticano. El nuevo papa daba esperanzas de secundar los deseos de Felipe II y llenar, al menos, las agotadas arcas del rey católico. A pesar de los pocos días de gobierno, y que Felipe II no consiguiera dinero, todo lo obrado por Sixto V durante cinco años parecía tambalearse con los 13 días de gobierno de Urbano VII.

## ABSTRACT

The author presents a short biography of Urban VII (1521-1590) and a study about what supposed his short pontificate for the hispanic monarchy, helped by the documentation of the files in the archives of Simancas, Venice and Vatican. The new pope gave hopeful of seconding the desires of Phillip II and to fill, at least, the exhausted arks of the catholic king. In spite of the few days of government and that Philip II did not procure money, all worked it by Sixto V during five years seemed be staggered with 13 days of government of Urban VII.

## INTRODUCCIÓN

Marcelo II (†1555) es uno de los papas del siglo XVI que llaman la atención por la brevedad de su pontificado, pues dirigió los destinos de la Iglesia tan sólo durante 20 días. Todavía hoy se sigue diciendo entre los cardenales reunidos en cónclave «hablemos del papa Marcelo»

Iglesia, humanismo y reformas  
Hispania Sacra 47 (1995)



cuando quieren recordar los insospechados cambios de la Historia. No menos interesante es el caso de Urbano VII, que fue papa del 15 al 27 de septiembre de 1590, sin llegar siquiera a ser coronado<sup>1</sup>.

Urbano VII ha quedado prácticamente desconocido por la historiografía a causa de la brevedad de su pontificado, pero creemos que vale la pena dedicarle una monografía, teniendo en cuenta la importancia de su dilatada carrera eclesiástica. En estas páginas analizaremos los prolegómenos de su cónclave dentro del contexto político-religioso propiciado por el pontificado de Sixto V, la elección y figura del mismo papa Urbano VII con una breve biografía, y las decisiones por él tomadas en tan sólo 13 días de pontificado. Finalizaremos con una reflexión sobre su muerte y proyección político-religiosa inmediata. Nos serviremos fundamentalmente de la correspondencia diplomática encontrada en los fondos documentales de los archivos de Simancas, Venecia y Vaticano.

#### FINAL DEL PONTIFICADO DE SIXTO V (1585-1590)

Durante el pontificado de Sixto V, el franciscano Felice Peretti, Felipe II hubo de hacer frente a numerosos problemas a causa de ciertas confusiones con el papa. Tanto el nuncio en España como el embajador español en Roma hicieron todo lo posible para reestablecer las antiguas buenas relaciones; sin embargo, el carácter fuerte de Sixto V y la poca paciencia tanto de monseñor Spacciani como del conde de Olivares contaminaron el aire de antigua confianza entre la monarquía hispánica y la Santa Sede.

Para tratar de mejorar la comunicación, Sixto V dispuso que monseñor Anibal de Grassis sustituyera a Spacciani en la nunciatura de Madrid<sup>2</sup>. El cambio no proporcionó el progreso esperado, pues el desastre de la Armada, la fiscalidad de Sixto V y la política de la Santa Sede en las luchas de Francia, minaban el predominio español en Europa. Felipe II hizo un esfuerzo por llegar a algún acuerdo con el papa. Asumió rápidamente el desastre de la Invencible, a pesar de que Sixto V no en-

<sup>1</sup> Antonio CICCARELLI, *Le vite de Pontefici, Venezia 1715*, 642-650. Lorenzo ARRIGHI, *Urbano VII P. M.*, Bolonia 1614. *Nuntiatuiberichte aus Deutschland*, III/1: Der Kampf um Köln 1576-1584, Berlin 1892; III/2: Der Reichstag zu Regensburg 1576. Der Pacificationstag zu Köln 1579. Der Reichstag zu Augsburg 1582, ed. por Joseph Hansen, Berlin 1894, 198-202. Luciano SERRANO, *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el pontificado de San Pio V*, 4 vols., I, Madrid 1914, xxii-xxiv. Paul HERRE, *Papsttum und Papstwahl im Zeitalter Philipps II*, Leipzig 1907, 412-457. Ludovico PASTOR, *Historia de los papas*, XXII, Barcelona 1940, 270-280. *Nunziature di Venezia*, XI, (1573-1576) ed. por Adriana Buffardi, Roma 1972, ix-xiv.

<sup>2</sup> ASV. N. S. 35. Despachos originales de Monseñor de Grassis al Cardenal Montalto.

tregara el millón de escudos en oro prometido a condición del éxito de la empresa. La fiscalidad de Peretti era algo insuperable. Sin embargo, la pretensión pontificia de convertir por medios pacíficos a Enrique de Navarra era la verdadera causa de los desacuerdos.

Felipe II, sabedor de los peligros de un rey protestante en Francia, había firmado un acuerdo económico el 31 de diciembre de 1584 con el duque de Guisa, jefe de la Liga Católica, por el que se comprometía a ayudar a los católicos franceses. A finales de 1588 Enrique III creía que el duque de Guisa y los miembros de la Liga querían matarle, por lo que ordenó a su guardia personal que dieran muerte a Guisa y arrestaran a las principales cabezas de la Liga. Estos acontecimientos provocaron una sublevación contra el rey. Las fuerzas de la Liga se concentraron en París, y gran parte de las mayores ciudades, como Lyon, Bourges, Marsella y Toulouse, se adhirieron a la Liga. Ahora el rey no tenía otra alternativa que pedir ayuda a los protestantes. Con su apoyo intentó tomar París, pero el 1 de agosto de 1589 fue asesinado en Saint-Cloud por el dominico Clément. Antes de morir pudo designar a Enrique de Navarra como su legítimo sucesor, conminándole a que se convirtiera al catolicismo.

Enrique de Navarra, ahora Enrique IV, quiso aglutinar a los católicos, por lo que el 4 de agosto declaró estar dispuesto a mantener la religión católica dejando a los católicos las plazas fuertes y ciudades que ya ocupaban. Ante semejantes garantías, muchos católicos, incluidos eclesiásticos, aceptaron a Enrique IV, formando así el grupo de los católicos reales.

El resto de la Liga se opuso decididamente a Enrique IV y nombraron al cardenal de Borbón rey de Francia con el nombre de Carlos X. Felipe II reconoció al cardenal de Borbón como verdadero pretendiente a la corona de Francia, pero como era prisionero de Enrique IV, se confió la dirección de la Liga al duque de Mayenne, Carlos de Lorena. Ahora las armas debían dirimir la difícil elección. Enrique IV determinó llevar a término una serie de éxitos militares. Las victorias de Arques en 1589 e Irvy en 1590 le facilitaron tomar la trágica resolución de apoderarse de París.

Frente a estos magnos acontecimientos, Sixto V dispuso formar una congregación especial para que algunos cardenales estudiaran minuciosamente todos los asuntos referentes a Francia. En el mes de octubre de 1589 el papa nombró al cardenal Enrique Cayetano legado a la tere de la Santa Sede ante la Liga. Aunque Sixto V se mostraba reacio a ayudar decididamente a los partidarios de la Liga, este nombramiento suponía un revés para los católicos reales, pues temían con razón que Cayetano siguiera ciegamente los deseos de Felipe II, quien estaba fir-

memente decidido a impedir que Enrique de Navarra se apoderara de París.

El cardenal Cayetano desconfiaba de un socorro militar inmediato procedente de Flandes para la seguridad de París, pero sabía que si llegaban a tiempo los refuerzos, la ciudad no caería. Ahora bien, ¿estaba Felipe II dispuesto a intervenir tan decididamente?<sup>3</sup>. El problema del rey no era la falta de voluntad sino la carestía de dinero.

En enero de 1590 Enrique de Navarra quiso establecer relaciones diplomáticas con Sixto V, y decidió enviar a Roma como embajador al duque de Luxemburgo. A partir de ese momento Sixto V cambió de política. Convencido de que la asunción del reino por Enrique de Navarra conservaría la religión católica en Francia si éste se convertía, decidió entrar en diálogo. Felipe II exigió entonces que se expulsara inmediatamente de Roma al duque de Luxemburgo, que se declarase a Enrique de Navarra incapaz de suceder en Francia y se excomulgara a todos los católicos que le seguían, sin excluir cardenales, obispos y príncipes. Sixto V reaccionó mal<sup>4</sup>.

El asesinato de Enrique III, la proclamación de Enrique IV y la muerte del cardenal Carlos de Borbón, Carlos X, en mayo de 1590, provocaron una alianza pasajera entre Sixto V y Felipe II. El rey católico pretendía ahora la exclusión absoluta de Enrique de Navarra al reino de Francia, pero el papa se mostraba reacio<sup>5</sup>.

La Santa Sede debía obrar con rapidez para evitar que la situación en Francia se deteriorara. Pero quien verdaderamente actuó fue Felipe II, pues llegó en junio de 1590 a un importante y esperado acuerdo militar con los católicos de la Liga. El embajador veneciano en Madrid, Tommaso Contarini, envió al dogo dos copias de dicho acuerdo, una en castellano y la otra en francés; señal clara de los intereses venecianos en Francia, especialmente de las buenas relaciones con Enrique de Navarra<sup>6</sup>.

El papa Peretti falleció el 27 de agosto de 1590. No resultó extraño que Olivares viera en la muerte de Sixto V una liberación y una nueva

<sup>3</sup> AGS. K. B. 64, 76. Puntos de cartas de don Bernardino de 22, 23 y 27 de marzo 1590.

<sup>4</sup> AGS. E. 955. Conde de Olivares a Felipe II, 28 de febrero y 3 de marzo de 1590.

<sup>5</sup> AGS. E. 955. Felipe II al conde de Olivares. Enero 1590. «Los males vos sabreis ponderar por reducir por esta vía a S. S. al remedio, cargando sobre todo la mano en asegurar la exclusión de Bearne como tantas veces se ha dicho, y es la mira a que se han de enderezar todos los oficios que en esto se hicieren, como cosa tan importante y de cuyo bueno o mal suceso depende el bien o el mal de aquel reino y de tanta parte de la Cristiandad».

<sup>6</sup> ASVen. Senado, diaspaci, Spagna, 22, 132, Tommaso Contarini al doge, Madrid, 10 junio 1590.

etapa. Así exponía la situación el embajador a Felipe II: «Señor, ha apretado en tanto extremo el accidente a Su Santidad que le ha acabado sin confesión y peor, peor, peor. Dios haya misericordia de él. Atenderse ha a lo demás con el cuidado que conviene...»<sup>7</sup>. El fallecimiento del papa Peretti fue considerado como una buena oportunidad para enfocar los complejos problemas político-religiosos desde un nuevo punto de vista. El experimentado duque de Sesa, a la sazón co-embajador junto a Olivares, notificaba a Juan de Idiáquez, miembro de los consejos de estado y guerra, la muerte del papa con gran dureza. En efecto, decía: «Dios le tenga en su gloria, que no podía morir en peor tiempo para su reputación, porque quedará peor nombre de él que ha quedado de ningún Pontífice muchos años ha»<sup>8</sup>.

Los diversos estados no sólo estaban pendientes de la muerte de Sixto V, sino de las reacciones que producía el acontecimiento en las diferentes cortes. Así, la Señoría de Venecia, que seguía de cerca los movimientos de la monarquía hispánica, tenía información cumplida y detallada gracias a sus embajadores. El embajador en España, Contarini, encuadraba la reacción de la corte española acertadamente. Decía que ese fallecimiento cuanto más se consideraba, tanto más se le tenía por justo, de suerte que todo el mundo hablaba con gran libertad y poco respeto. En la corte se esperaba ahora que el nuevo pontífice fuera, al menos, no contrario a los deseos del rey y favoreciera la Liga Católica de Francia para acabar definitivamente con Enrique de Navarra. Una vez recibida en España la noticia de la muerte de Sixto V, fueron despachados correos urgentes a Roma, pero Contarini reconocía que a pesar de sus esfuerzos no había podido descubrir su contenido<sup>9</sup>.

El embajador veneciano en Roma, Alberto Badoer, inmediatamente conocer la muerte de Sixto V envió aviso urgente a los cardenales venecianos; esto es, a Cornaro, Valerio y Moresini, que estaban respectivamente en Bolonia, Verona y Brescia, con el exclusivo fin de que pudieran llegar a tiempo al cónclave<sup>10</sup>.

Los embajadores españoles hicieron lo propio con el cardenal Luis Madruzzo, obispo de Trento y cardenal protector de Alemania, del par-

<sup>7</sup> AGS. E. 956. Conde de Olivares a Felipe II, Roma, 27 agosto 1590.

<sup>8</sup> AGS. E. 955. Duque de Sesa a Juan de Idiáquez, Roma, 27 agosto 1590.

<sup>9</sup> ASVen. Senado, diaspaci, Spagna, 22, 246. Tommaso Contarini al doge, Madrid, 22 sept. 1590. En el despacho del día 22 se pedía a Olivares «procurar sacar dinero para ayuda de lo de Francia». El día 24 se despacharon informes sobre «humores y dependencias de algunos cardenales», pero llegó a la embajada de Roma el 14 de octubre, en AGS. E. 955, 67 y 68. Felipe II al conde de Olivares, San Lorenzo, 24 septiembre 1590.

<sup>10</sup> ASVen, Senado, diaspaci, Roma, 25, 930. Alberto Badaer al doge Pascali Liconia, Roma, 27 agosto 1590, recibida el 9 de sept. Federico Cornaro † 4 de octubre 1590, Agustín Valerio † 1606, Juan Francisco Moresini † 1596.

tido español. El mismo Olivares se encargó de que Madruzzo desde Trento llegara a Roma antes de que empezara el cónclave, pues era importante que dicho cardenal estuviera presente para poder conseguir que se cumpliera el deseo de Felipe II. Con Madruzzo, el rey tendría la mayor «potencia y autoridad... que jamás ha sido». Por otra parte, sólo Madruzzo conocía exactamente «algunos sujetos que agradarían a S. M. [Felipe II]»<sup>11</sup>.

Los cincuenta y dos cardenales presentes decidieron, antes de reunirse en cónclave, enviar cartas a Felipe II y a los virreyes de Nápoles y Sicilia pidiendo trigo para remediar la gran hambre que asolaba la ciudad eterna<sup>12</sup>. Paradójicamente, el día 1 de septiembre, cuatro días después de la muerte de Sixto V, el embajador veneciano en Roma comunicaba al dogo un increíble descubrimiento. En el castillo de Sant'Angelo habían encontrado tres millones de escudos, pero con la cláusula de no poder disponer de ellos si no fuera por grave necesidad. Además, otro millón y ciento cincuenta mil se habían reservado para el siguiente papa gracias a las fuertes fiscalidades introducidas por Sixto V. Pero los cardenales —decía Badoer— «in un' hora lo hanno distribuito tutto».

Los cardenales, siguiendo una iniciativa de Sixto V justo antes de morir, habían dado en préstamo a Roma 500.000 escudos, y a la administración de la ciudad 400.000, que emplearon en comprar trigo para la población hambrienta. El resto lo emplearían en la gente y guardias que debían garantizar el servicio y seguridad del cónclave. De esta forma, —continuaba Badoer— «il futuro pontefice restarà in questi principii con le mane vuote».

En aquellos meses Roma y gran parte del centro de Italia sufría una gran carestía de trigo, de forma que mucha gente moría de hambre. La necesidad era tal que el embajador veneciano decía sin exagerar que la provincia de La Marca moriría de hambre si no recibía inmediatamente ayuda<sup>13</sup>. Tanto era así que todavía el 22 de septiembre Badoer se lamentaba de la tremenda hambre que asolaba Roma. En los dos últimos meses las enfermedades se propagaron con facilidad, cobrándose unos 15.000 muertos; y para colmo de desgracias aún no había llegado la

<sup>11</sup> AGS. E. 1540, 228. Conde de Olivares a Francisco de Vera, Roma, 8 septiembre 1590. Luigi Madruzzo † 1600.

<sup>12</sup> ASV. Arm. 45, Vol 37. 60. Congregación de Cardenales a Felipe II, Roma, 3 septiembre 1590. Necesidad de alimentos. Proponen que desde Sicilia y España se lleven vituallas a Roma.

<sup>13</sup> ASVen. Senato, dispaci, Roma, 26. 1-6. Alberto Badoer al doge, 1 set. 1590.

provisión de trigo<sup>14</sup>. El dinero de Sixto V no parecía ser suficiente para frenar el hambre y las enfermedades.

#### EL CÓNCLAVE DE URBANO VII

El cónclave comenzó una vez finalizadas las diligencias oportunas para solventar la gran carestía de pan. Los cardenales estuvieron encerrados desde el viernes 7 hasta el sábado 15 de septiembre. Gabriel Paleotti, cardenal reformista y de los posibles candidatos, tendía a mantener ciertas simpatías con Enrique de Navarra o el príncipe de Bearn, como le llamaban los españoles para evitar reconocer su título de rey. Paleotti buscaba un reino fuerte en Francia para mantener una política de equilibrio. Lógicamente Felipe II desechó su candidatura. Por otra parte, cuando entró en el cónclave el cardenal de Florencia, favorito del gran duque de Toscana, las posibilidades de Paleotto cobraron nuevas fuerzas. Los candidatos más favorables al partido español, según Paleotti, eran los cardenales Madruzzo, Como, Castagna y Cremona. Sin embargo, Paleotti se equivocaba, pues de entre los cincuenta y dos cardenales, Felipe II seleccionó once posibles candidatos. El primero en la lista era el cardenal Santiquatri, el futuro papa Inocencio IX, y tan sólo en segundo lugar Castagna, el inmediato Urbano VII. En esa misma lista, el cardenal Paleotti ocupaba el sexto puesto, y de él decía el memorial: «está tenido por no de mucho juicio ni buen discurso, y por esto se cree que no será elegido»<sup>15</sup>.

Los cardenales habían dado orden de poner otros mil soldados para custodiar mejor el cónclave, pues habían brotado algunos tumultos, toda vez que numerosos forasteros entraron en Roma. La embajada española hubo de ser custodiada por una escuadra de arcabuceros<sup>16</sup>. La protección militar del cónclave no agradó a todos, pues el encargado de

<sup>14</sup> ASVen. Senato, dispaci, Roma, 25, 42-56. Badaer al doge, 22 sept. 1590. «qui continuano le malatie et le morti et in questi due ultime mesi vogliano che siano morte 15.000 persone, et si teme d'haver mancamiento di grano»

<sup>15</sup> AGS. E. 1870, 46. «Memoria de los cardenales que en esta sede vacante de Sixto Quinto se hallan en Roma y cuya hechura y creatura sea cada uno dellos, y lo que se deve advertir sobre la elección del summo pontífice». Este memorial corresponde a una copia del original enviado por el rey a la embajada en Roma, en AGS. E. 955, 68. «Discurso sobre la elección de papa». Herre citó la copia, mientras que Pastor sólo dice haber visto el original en el Archivo de la Embajada, cuyos fondos están actualmente dispersos en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y en la biblioteca de la Iglesia de Santiago y Montserrat en Roma.

<sup>16</sup> AGS. E. 1870, 32. Conde de Olivares a Felipe II, Roma, 8 septiembre 1590. «La sede vacante ha sido harto reboltosa y ha entrado mucha gente forastera en Roma ... avemos pedido al conde de Miranda una escuadra de arcabuceros que nos han enviado de Gaeta».

dicha operación fue el duque Cayetano, quien –según el veneciano Badoer– dependía de los españoles, los cuales no tenían otra mira –afirmaba equivocadamente– que llevar al pontificado al cardenal de Como<sup>17</sup>.

El desarrollo del cónclave no estuvo falto de las tradicionales tensiones. Felipe II indicó a sus embajadores por medio de un memorial cuáles eran sus preferencias, pero dicho memorial llegó tarde<sup>18</sup>. El cónclave de Urbano VII se encuentra recogido en el Archivo Segreto Vaticano, aunque normalmente se han utilizado otras relaciones<sup>19</sup>. Llama la atención que el cardenal Alejandrino, sobrino de Pío V, se opusiera a la candidatura de Castagna, a pesar de que les uniera cierta amistad nacida con ocasión del viaje de Alejandrino a España en 1571 como legado para obtener la prosecución de la liga santa. De hecho, el veneciano Badoer sabía que Castagna era el candidato más seguro, pero el cardenal Alejandrino se oponía radicalmente. Alejandrino decía que Castagna había matado a una persona cuando fue legado en Bolonia y que tenía una hija casada en Aquapendente. Estas dos acusaciones fueron sin embargo firmemente negadas no sólo por Castagna, sino también por otros cardenales<sup>20</sup>.

El pronóstico de Olivares se cumplió, pues a la muerte de Sixto V los cardenales eligieron por fin a Castagna, que tomó el nombre de Urbano VII, por querer recordar a los primeros papas, y, según él mismo decía, por querer practicar la virtud de la urbanidad. Ciertamente puso en práctica esa virtud el mismo día de su elección, pues la primera disposición fue ordenar a los conclavistas descansar y comer reposadamente antes de comunicar al pueblo de Roma la noticia de su elección<sup>21</sup>.

<sup>17</sup> ASVen. Senado, dispaci, Roma, 25, 23-25. Badoer al doge, 12 sept. 1590.

<sup>18</sup> AGS. E. 955. 67. Felipe II al conde de Olivares, San Lorenzo, 24 septiembre 1590. Memorial en AGS. E. 955. 68. «Discurso sobre la elección de papa».

<sup>19</sup> ASV. Arm. XI. 121, 124, 128. XV, 119 f. 402. 120. f. 383. L. Pastor utilizó las «Memorie d'alcuni fatti accaduti duarante il conclave di Urbano VII, essendo generale di s. Chiesa Onorato Caetani, Archivio Caetani de Roma, 79, 25. Otra relación en «Urbano VII, duodecim dierum...» escrita por Paolo Alaleon, en Biblioteca Vallicelliana, I. 65. En esta última biblioteca se conserva una copia del acta consistorial I. 60, 48. Debido a la mayor comodidad he utilizado la relación de la Biblioteca de la Embajada de España en Roma, en la Iglesia de Santiago y Montserrat de Roma, Cód. 378, 1-19. «Conclave fatto per Morte di papa Sisto V in cui fue creato sommo Pontefice il cardinale Gio. Battista Castagna, detto Urbano VII».

<sup>20</sup> ASVen. Senado, dispaci, Roma, 25, 23-25. Badoer al doge, Roma, 12 septiembre 1590.

<sup>21</sup> Biblioteca de la Embajada de España en Roma, en la Iglesia de Santiago y Montserrat de Roma, Cód. 378, 1-19. «Conclave fatto per Morte di papa Sisto V in cui fue creato sommo Pontefice il cardinale Gio. Battista Castagna, detto Urbano VII».

El embajador veneciano en Roma, Tommaso Badoer, daba la nueva de la elección con estas escuetas palabras: «Questa mattina hanno fatto Pontefice il cardenal San Marcelo alle 10 hore, il quale si chiamerà Urbano settimo»<sup>22</sup>. Así resumía la gran noticia quien siguió paso a paso las vicisitudes de la sede vacante y del cónclave, es decir, desde el 27 de agosto, fecha de la muerte de Sixto V, hasta el 15 de septiembre, fecha en la que los cardenales eligieron al nuevo pontífice. Con razón, pues, Badoer podía decir al dogo que la elección había sido verdaderamente milagrosa, por lo que esperaba que la Iglesia dispondría de un óptimo papa<sup>23</sup>.

La elección alegró al mismo tiempo al gran duque de Toscana y a Felipe II, quienes desde 1569 andaban en disputas por la concesión que Pío V hizo a Cósme de Médici del título de gran duque. También contentó a los venecianos y alemanes, que vieron en Castagna los primeros al antiguo nuncio amigo de la República y los segundos un hombre enérgico capaz de frenar el avance protestante. Así se auguraba un largo y decidido pontificado, pues Castagna contaba con 69 años, buena salud, y la amistad de los cardenales y príncipes cristianos.

Unas semanas más tarde, Contarini relatará cómo fue recibida en la corte filipina la elección de Urbano VII. El día de San Jerónimo en la iglesia del mismo nombre fue llevada la nueva por monseñor Mellini, que había llegado recientemente a la corte como colector pontificio con ocasión de la elección del nuevo papa, de quien era sobrino. La noticia había producido gran satisfacción en el rey, en los consejeros, y en general en toda España, pues consideraban que el nuevo papa estaba muy unido a la monarquía hispánica, especialmente desde que fuera creado cardenal. El embajador veneciano reconocía que la dependencia de España existía, pero había nacido con ocasión de la nunciatura de Castagna en Madrid

Contarini había dicho en la corte de Felipe II que Castagna había desempeñado el cargo de nuncio en Venecia, por lo que también ellos se alegraban, pero –continuaba ahora en cifra en carta al dogo– había hecho esta mención para que no pareciera que los papas que agradaban a Venecia, como era Sixto V, no complacían a Felipe II; de suerte que ahora en el nuevo papa Urbano VII coincidían las apreciaciones positivas<sup>24</sup>.

<sup>22</sup> ASVen. Senado, dispaci, Roma, 25, 38. Badoer al doge, 15 sept. 1590.

<sup>23</sup> ASVen. Senado, dispaci, Roma, 25, 32-35. Badoer al doge, 15 sept. 1590. «L'elezione del Pontefice è stata in vero miracolosa...spero che s'haverà un ottimo Pontefice».

<sup>24</sup> ASVen. Senado, dispaci, Spagna, 22, 268-269. Tommaso Contarini al doge, Madrid, 13 oct. 1590.

Otro personaje veneciano que estaba en Madrid en esos momentos era Giovanni de Gritti, antiguo embajador de la República. En una carta congratulatoria transmitía al papa la inmensa alegría que se vivía en Madrid al conocerse su elección. Decía que incluso hasta los niños le vitoreaban diciendo viva el papa Urbano<sup>25</sup>.

#### PERSONALIDAD DEL PAPA URBANO VII

El nuevo papa se llamaba Juan Bautista Castagna. Nació en Roma el 4 de agosto de 1521, pero era originario de una familia noble genovesa. Pronto se inclinó por las letras, especialmente las leyes, por lo que se doctoró en Bolonia en ambos derechos. Al terminar sus estudios regresó a Roma, donde estaba su tío, el cardenal Jerónimo Verallo<sup>26</sup>. En 1553 acompañó en calidad de auditor a su tío, que iba en misión diplomática como legado en Francia. Al volver, Julio III le concedió el cargo de refrendario de la signatura de justicia, y poco después le nombró arzobispo de Rossano, en Calabria. Precisamente en 1553 fue ordenado sacerdote y obispo, cuando ya tenía treinta y dos años. Durante el pontificado de Paulo IV fue gobernador de Fano y Perugia<sup>27</sup>. Participó en la tercera parte del concilio de Trento. Junto con Hugo Buoncompagni, futuro Gregorio XIII, fue miembro de una comisión para la reforma eclesiástica y estableció estrechos contactos con Carlos Borromeo y Gabriel Paleotto, dos obispos reformadores. Al terminar el concilio partió para su diócesis, pero inmediatamente Pío IV le ordenó que acompañara al cardenal Buoncompagni en una legación a España y Francia, después de la cual fue designado nuncio en Madrid<sup>28</sup>.

Juan Bautista Castagna ejerció el cargo de nuncio en España durante todo el pontificado de Pío V. Hubo de hacer frente a los complejos problemas suscitados con ocasión de la excomunión contra Isabel de Inglaterra, aunque pudo disfrutar de los gloriosos días proporcionados por la victoria de Lepanto. En junio de 1572 Gregorio XIII quería activar la guerra contra los turcos, por lo que envió a Castagna a Venecia como nuncio, pues se temía que el dogo pactara con el turco alejándose así

<sup>25</sup> ASV. N. S. 38, 323. Juan Gritti a Urbano VII. Madrid, 5 octubre 1590.

<sup>26</sup> Girolamo Verallo, arzobispo de Rossano 1544-1551. En 1549 fue creado cardenal. El 9 de septiembre de 1551 legado ante Enrique II. Murió el 10 de octubre de 1559, en C. EUBEL, *Hierarchia Catholica*, III, Munich 1910, 34.

<sup>27</sup> Archivio Segreto Vaticano [ASV.] Lettere di Vescovi e Prelati, vols. 8 y 9. Registro di lettere, istruzioni et altre pertinenti al governo di Mons. Arcivescovo di Rossano in Perugia et Umbria, dove detto Arcivescovo arrivò à di otto di marzo 1559.

<sup>28</sup> ASV. Nunziatura di Spagna [N. S.] 2, 67. Pío IV a Felipe II, Roma, 20 agosto 1565, en Luciano SERRANO, *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el pontificado de San Pío V*, 4 vols., I, Madrid, 1914, 17.

de la liga santa<sup>29</sup>. Castagna renunció a su arzobispado antes de asumir la nunciatura de Venecia<sup>30</sup>. Felipe II compensó sus fieles servicios asignándole en 1574 una pensión anual de 800 ducados sobre el obispado de Girgenti, en Sicilia<sup>31</sup>.

Durante su nunciatura en Venecia siguió escrupulosamente las instrucciones recibidas por la Santa Sede, a saber: dedicar mayor atención al Santo Oficio, cuidar la inmunidad eclesiástica y avisar de todas las novedades que hicieran referencia a la guerra contra el turco. Sus despachos están llenos de referencias a espías, traiciones y revueltas. Por su parte, pretendió encauzar una nueva liga santa, aunque sin éxito<sup>32</sup>.

En 1578 Gregorio XIII encargó a Castagna que actuara ahora desde Colonia como pacificador en los asuntos de los Países Bajos<sup>33</sup>. Después del poco éxito de las relaciones diplomáticas en Colonia, probablemente a causa de la falta de acuerdo con el emperador Rodolfo II, volvió en 1580 a Roma como consultor de la Inquisición y de la congregación para los negocios del Estado de la Iglesia. Gregorio XIII lo creó cardenal con la sede titular de la iglesia de San Marcelo el 12 de diciembre de 1583<sup>34</sup>. A partir de ese momento fue enviado a Bolonia en calidad de legado, cargo en el que quedó suspendido con la muerte de Gregorio XIII, acaecida en 1585.

Gracias a que Castagna mantuvo buenas relaciones con Felipe II, los cardenales españoles y los afines al rey católico abrigaron la esperanza en 1585 que el antiguo nuncio en España fuera el nuevo papa, sin embargo fue elegido Sixto V. El enérgico papa confirmó a Castagna en el cargo de legado en Bolonia sin darle nuevas misiones. A pesar de que parecía que Castagna había caído en el olvido, en 1587, y especialmente en mayo de 1590, a propósito de una pasajera enfermedad de Sixto V, todo parecía indicar que Castagna sería el nuevo papa. El conde de Olivares, embajador español en Roma, estaba persuadido que

<sup>29</sup> Instrucciones en ASV. Varia Polit. 117, 152 ss. 17 junio 1573.

<sup>30</sup> ASV. N. S. 2, 169. Felipe II a Castagna.

<sup>31</sup> ASV. N. S. 2, 310. Juan de Zúñiga a Castagna. 22 mayo 1574.

<sup>32</sup> *Nunziature di Venezia*, XI, (1573-1576) ed. por Adriana Buffardi, Roma 1972, ix-xiv. El 15 de junio de 1573 fue nombrado nuncio, en ASV Arm. XVIV, 22, 33-34.

<sup>33</sup> Instrucciones el 29 agosto 1578 en ASV. S. S. Miscella. II, 172-177. Varia Politicorum 116, 167-172, publicadas en *Nuntiaturberichte aus Deutschland*, ed. por Joseph Hansen, II, 218-222.

<sup>34</sup> En 1572 el duque de Florencia prometió en vano a Castagna el cardenalato (ASV. N. S. 2, 50, 52). Felipe II intentó desde 1574 varias veces que nombraran cardenal a Castagna (ASV. N. S. 2, 299, 300 Zúñiga a Castagna).

el siguiente papa sería Castagna, a pesar de que creía que había otros candidatos mejores<sup>35</sup>.

Se conserva en el Museo Vaticano, en la sala dei Foconi, su retrato, pintado por un autor anónimo en 1585, cuando Castagna tenía 64 años, aunque fue retocado después de su elección. Podemos ver en el cuadro un hombre maduro, pero todavía con una barba negra bien cuidada que le presenta con un aspecto de más juventud. Sus ojos negros tienen una mirada fija y penetrante. La nariz larga y puntiaguda, la frente despejada, y los pómulos sobresalientes, le hacían destacar más su delgadez. Su aspecto es el de un hombre sereno, austero y penitente<sup>36</sup>.

Juan Bautista Castagna tenía un carácter fuerte y decidido, posiblemente por su ascendiente noble y formación jurídica. Nacido para desempeñar cargos diplomáticos en la curia romana no recibirá las órdenes hasta los 32 años. Cuando aceptó el arzobispado de Rossano tenía gran experiencia diplomática, pero poca pastoral. Su paso por Francia en la legación con su tío y el cargo de refrendario de la Signatura de Justicia le harán madurar prematuramente. Había recorrido casi toda Europa y tenía un conocimiento privilegiado de los problemas ocasionados por los flamencos, turcos e ingleses. Después de una dilatada carrera diplomática al frente de diversas nunciaturas, Castagna será para los demás cardenales el hombre clave.

Los restos mortales fueron transferidos en 1606 del Vaticano a la iglesia de Santa Maria sopra Minerva, precisamente delante de la Academia Pontificia o Escuela Diplomática. En la iglesia se conserva una estatua de Ambrogio Bonvicino que perpetúa la memoria de Juan Bautista Castagna, Urbano VII.

#### PROBLEMAS POLÍTICO-RELIGIOSOS EN EL NUEVO PONTIFICADO

La candidatura de Castagna había triunfado. Los problemas más urgente a resolver eran el hambre de Italia y definir la postura que el papa debía adoptar frente al conflicto de la liga católica de Francia. Respecto al primero, Urbano VII hizo numerosas negociaciones para comprar

<sup>35</sup> AGS. E. 1870, 27. Conde de Olivares a Felipe II, Roma, 12 mayo 1590. «El pronóstico, aunque fácilmente como digo se puede variar con pequeños accidentes, pero como están las cosas a este punto, el cardenal de San Marcelo tiene conocidamente más parte que todos en tanto grado que si resvale dél es difícilísimo hazer juicio. Y aunque conforme a lo que scrivi a V. M. en carta de 28 de junio de 1587 podría haver otros mejores, se arriesga mucho a dar en alguno no tal».

<sup>36</sup> D. REDIG DE CAMPOS, *Un ritratto inedito di Urbano VII in Vaticano*, en *Rend. Pont. Acc. Rom di Arch.*, 15 (1942) 175-182.

trigo a la monarquía hispánica. Así, debían venir provisiones de Sicilia, Cerdeña, Nápoles, Murcia, Cartagena, e incluso de Orán<sup>37</sup>. Pero la Liga era un problema político-religioso más difícil de resolver.

Cayetano, el cardenal legado para la Liga Católica, debía ir a Roma para la elección del nuevo papa, mas los cardenales de la curia no querían que asistiera al cónclave, aunque le dieron permiso para ello. Cayetano pedía a cambio de su no presencia que los cardenales le enviaran inmediatamente 25.000 escudos. Los conclavistas estaban dispuestos a darlos, especialmente los del partido español, pues no deseaban que el legado abandonara el importante papel que estaba desempeñando<sup>38</sup>. Cayetano pedía con razón el dinero, pues Sixto V le había retirado la provisión asignada. Urbano VII ordenó que se le pasara la provisión de los meses que Sixto V le había suspendido<sup>39</sup>. Ahora Felipe II esperaba que el nuevo papa también ayudara claramente a la Liga, es decir, dinero constante y sonante que pudiera satisfacer las necesidades del arruinado ejército de Alejandro Farnesio, duque de Parma, gobernador de los Países Bajos, y el único capaz de liberar París.

#### URBANO VII: NUEVO REFORMADOR DE LA IGLESIA

A los cinco días de la elección de Castagna, es decir, el día 19 de septiembre, el papa creó una nueva congregación encargada de la reforma de la curia, y en particular de la dataría, con el objeto de encuadrarla dentro de los moderados límites que dispuso Pío V, aboliendo así las fiscalidades de Sixto V<sup>40</sup>. El jefe de esta nueva congregación fue el cardenal Gabriel Paleotti, amigo desde la infancia de Castagna<sup>41</sup>. Una de las primeras decisiones de Urbano VII fue precisamente pedir a Camilo

<sup>37</sup> AGS. E. 956, Conde de Olivares a Felipe II, Roma, 24 septiembre 1590. El conde decía: «lo que nosotros podemos representar a V. M. es la gran causa que tiene de dar satisfacción a S. S. y de haver compassión desta tierra, que si no la manda socorrer V. M. extraordinariamente perecerá, porque en toda Italia se está con la misma necesidad, salvo los estado de V. M., que Dios le a hecho esta misericordia, que obliga a V. M. a servirsela en tener compassión y cuydado de los otros».

<sup>38</sup> ASVen. Senato, dispaci, Roma, 26. 1-6. Alberto Badoer al doge, 1 set. 1590. También AGS. E. 955. Sesa al rey, Roma, 23 septiembre 1590. «Puso [el papa] también en duda si le legado [Cayetano] se avia salido de Paris con la licencia que el collegio le dio para poder venir a hallarse en el cónclave. A esto respondimos que no lo creyamos por averle nosotros avisado que no llegaría a tiempo y el inconveniente que sería dexar en esta ocasión a Paris». El papa dudaba con razón, pues Cayetano pudo dejar París el 16 de septiembre, según él mismo se lo hizo saber a Felipe II, en AGS. E. 955, 79, Felipe II a Sesa, San Lorenzo, 20 octubre 1590. «El legado Caetano me escribió a 16 de septiembre que partía de París...».

<sup>39</sup> AGS. E. 955, 25, Sesa a Felipe II, Roma, 23 septiembre 1590.

<sup>40</sup> Biblioteca Apostólica Vaticana. Urb. Lat. 1058. Avisi di Roma.

<sup>41</sup> Paolo PRODI, *Il Cardinale Gabrielle Paleotti. 1522-1597*, 2 vol. Roma 1967.

Paleotti, familiar del cardenal, que acudiera lo más rápido posible a Roma<sup>42</sup>. Los embajadores españoles reconocían que Paleotti era uno de los más beneficiados de la elección de Urbano VII, no sólo porque conocían la antigua amistad que les unía, sino también porque Paleotti disfrutaba mercedadamente de fama de santidad<sup>43</sup>. El datario sería Mons. Sasso, y los miembros los cardenales Paleotti, Santiquattri, Lancellotti y Aldobrandini. Asimismo trataba de eliminar otros impuestos del estado eclesiástico. Además, había entregado una ayuda económica a William Allen y otros cardenales con menos posibilidades económicas<sup>44</sup>.

Por otra parte, había ordenado a sus parientes que no aumentaran las personas de servidumbre, ni se trasladaran de sus casas, ni tampoco aceptaran nuevos títulos. No obstante, el crítico conde de Olivares creía que Urbano no sería tan «inhumano» que no tuviera cuenta alguna con ellos, sino que pensaba hacerlo «con mucha moderación». De momento, ya había ordenado a sus criados que no hicieran gastos superfluos ni fueran vestidos de tornasoles y otras galas de seda como las que llevaban los criados de Sixto V, sino que vistieran simplemente de paño<sup>45</sup>.

Una de las decisiones más significativas del nuevo rumbo que estaban tomando los acontecimientos fue la liberación de un capitán de caballería llamado Sobrino Guastaldo, encarcelado por orden de Sixto V. Según el propio militar, fue hecho prisionero porque conocía todos los secretos de las negociaciones entre Enrique de Navarra y Sixto V. Urbano VII le puso en la calle aparentemente bajo ninguna presión. Ahora Guastaldo se vengaba manchando la memoria de quien le encarceló. ¡Cómo serían las exageraciones que hasta los hipercríticos embajadores españoles le daban poca fe!<sup>46</sup>. Era una muestra más de que el reciente pontífice quería comenzar una nueva etapa.

#### DE PACIFICADOR DE LOS PAÍSES BAJOS A RESPONSABLE ÚLTIMO DE SU FIN.

Castagna sabía la importancia que habían cobrado los Países Bajos en el conjunto de la política europea desde su nunciatura de siete años

<sup>42</sup> Archivio Isolani, E. 51. Camilo Paleotti a Flaminio Papezonio, en PRODI, *Il Cardinale Gabrielle Paleotti. 1522-1597*, II, 452.

<sup>43</sup> AGS. E. 955. Sesa a Felipe II, Roma, 23 septiembre 1590. «El cardenal Paleotto ha quedado deste conclave tan agradecido como entenderá por el cardenal Madruzzo y el conde de Olivares..., y porque es uno de los mayores amigos que el papa ha tenido a quien da el crédito que su virtud y buenas partes merecen».

<sup>44</sup> ASVen. Senado, dispaci, Roma, 25, 70-71. Badaer al doge, 27 sept. 1590.

<sup>45</sup> AGS. E. 956. Conde de Olivares a Felipe II, Roma, 24 septiembre 1590.

<sup>46</sup> AGS. E. 955, 45-50. Duque de Sesa a Felipe II, Roma, 23 octubre 1590. Una «relación del capitán Sobrino Castald de lo que entendió de un secretario del príncipe de Berne que fue su prisionero», en AGS. E. 955, 47.

en Madrid, pero fue especialmente consciente de ello desde que Pío V en 1567 insistiera en el viaje de Felipe II a aquellas provincias<sup>47</sup>. Diez años más tarde, el obispo Frangipani dejó su nunciatura de Colonia y le sucedió precisamente Castagna<sup>48</sup>; consecuencia inmediata de la petición conjunta de Rodolfo II y Felipe II a Gregorio XIII para que mediara entre las partes en conflicto y se llegara así a una solución definitiva sobre Flandes. Una de las principales misiones de Castagna era llegar a la paz<sup>49</sup>.

El conflicto de Flandes adquiría nuevas dimensiones cuando el duque de Anjou, hermano de Enrique III, se presentó con un ejército para sustentar a los católicos descontentos. Por el oeste Juan Casimiro, hermano del elector del Palatinado, con un contingente de jinetes alemanes debía bloquear la retirada de las tropas españolas. Para colmo de desdichas, Guillermo de Orange hacía de intermediario entre Anjou, Enrique de Navarra, Juan Casimiro e Isabel I.

Perfecto conocedor de la política filipina en Flandes, Castagna informaba desde Insbruck al cardenal de Como, secretario de estado, que las negociaciones de Flandes estaban sin esperanza. Conseguía información gracias a los jesuitas, concretamente del padre Canisio y del rector del colegio de Insbruck. Refería que el momento era malo, «masime circa la religione»<sup>50</sup>.

Castagna también transmitió la noticia de la muerte de don Juan de Austria, a quien conoció a causa de su nunciatura en Madrid. Asimismo informó que don Juan sería sustituido por Alejandro Farnesio. Por otra parte, tuvo estrecha relación con don Juan de Borja, antiguo embajador de Portugal, destinado en 1578 a Alemania como embajador<sup>51</sup>. Precisamente Juan de Borja dio el parabién de la elección del Urbano VII con palabras llenas de afecto<sup>52</sup>.

<sup>47</sup> ASV. Varia Politicorum, 33,11. «Parere di Pio V sopra le cose di Fiandre mandato in Spagna all'arcivescovo di Rossano. 1567».

<sup>48</sup> *Nuntiattriberichte aus Deutschland*, II, 2. Nuntius Ottavio Mirto Frangipani (1590 Agosto-1592 Junio) pub. por Burkhard Roger, Wien 1969, 10-12.

<sup>49</sup> ASV. S. S. Miscella. II, 172-177. «Instruizione a Mons. Arch. di Ross. per il maneggio della pace di Fiandra. 29-8-1578».

<sup>50</sup> ASV. Nunz. Germa. 97, 104. 30 sep 1577, pub. en *Nuntiattriberichte aus Deutschland*, III/1. Berlin 1892, 224-225. Ver Ignacius AGRICOLA, *Historia provinciae S. J. Germaniae superioris*, I. Augusta 1727, 176-184.

<sup>51</sup> *Nuntiattriberichte aus Deutschland*, III/1. Berlin 1892, 3, oct. 1579. Ver L. P. GACHARD, *Correspondance d'Alexandre Farnese avec Philippe II*, Bruxell 1853.

<sup>52</sup> ASV. N. S. 38, 270. Juan de Borja a Urbano VII, Madrid, 5 octubre 1590. «De más del universal beneficio y merced que ha recibido de Dios, Nuestro Señor, su Iglesia Catholica, en darnos en este tiempo a V. Bd. por padre y pastor y señor nuestro, yo en particular la he recibido grandísima como tan antiguo y aficionadísimo servidor de V. S.»

Castagna mantenía informado a Felipe II sobre sus intenciones para lograr la pacificación en los Países Bajos. Pretendía alcanzar el objetivo de descubrir los verdaderos proyectos del duque de Orange y aglutinar a los católicos, quienes, según Castagna, formaban un gran número; de suerte que facilitarían la conquista «quando si dovesse venir davvero all'armi». Sin embargo, reconocía que el peligro era grande y no le extrañaría que el «tirano» fuera asesinado<sup>53</sup>. La misma información fue enviada al cardenal Granvela, pero aún más explícita. Castagna decía que si no se descuidaban las buenas relaciones con los príncipes y todos los embajadores «non può esser molto discosta la caduta della tirania, in che si trovano hoggi quelle povere provincie»<sup>54</sup>. Pocos días después comunicaba a Como que Felipe II había dado órdenes especiales a su embajador don Juan de Borja para que se retirase de las negociaciones, porque «gli era data informazione diversa da quello che in verità se è poduto sperare»<sup>55</sup>. Gregorio XIII nada satisfecho hubo de dar orden a Castagna para que se retirara de Colonia. La guerra, por tanto, continuaría<sup>56</sup>.

En 1590 el nuncio de Colonia, Frangipani, exponía ahora al nuevo papa, Urbano VII, junto con el parabién de su elección pontificia, el estado continental. Frangipani aseguraba que mediante la buena y cristiana voluntad del rey de España y cierto éxito en Francia, se podía esperar un mejoramiento de la situación. Era una visión optimista, pero a la vez un auténtico programa político. Siempre que Felipe II estuviera dispuesto a mantener sus intereses en Francia, se podría esperar que los disidentes flamencos abandonaran las armas y volvieran a la fe católica.

Frangipani creía que el único medio de pacificación posible eran las armas. Como hemos visto, Castagna en 1578 era de la misma opinión. Por eso no resulta extraño que Frangipani escribiera al papa estas duras palabras: «Et già l'esperienza ne mostra che nessuno altro mezo può operarsi in raffrenar la molta audacia delli eretici, eccetto quanto solo dell'arme».

<sup>53</sup> ASV. Nunz. Germa., 10, 142. Castagna a Felipe II, Colonia, 23 nov 1579. «Si è anchor chiarita at sanate verisilmente in tutto la mente al mondo, et massime alli principe di Germania, che la colpa di tanti mali, che con tanti detti et scritti era data alli ministri di V. M. veramente è tutta della rebellione et perversa di quelli sudditi, il che deve essere odioso et abborrito de ogni principe etiam infidele et che essendo stata V. M. per mera forza tirata alla guerra ha però sempre desiderata la pace et quiete loro, man solo come buono et clemente principe, ma come amorevole padre».

<sup>54</sup> ASV. Nunz. Ger. 10, 143.

<sup>55</sup> ASV. Nunz. Ger. 97, 295. Castagna a Como, Augsburgo, 4 enero 1580.

<sup>56</sup> Geoffrey PARKER, *The Dutch Revolt*, Harmondsworth 1985, cap. III.

En definitiva, el mejoramiento de la situación continental, y en gran parte también de Inglaterra, dependía de Francia. Frangipani resumía el estado político de los Países Bajos con estas claras palabras: «tutto il bene et tutto il male di questi paesi procede da quel regno». El nuncio de Colonia pedía al papa que ayudara a mejorar la situación en Francia, pues, —decía— «li cattolici han pigliato animo con le felice creatione della Sta. V... perciò speramo che voglia quanto prima socorrer quel regno, nondimeno vedendosi il pericolo di occuparsi un'altra volta questa provincia di Colonia de nemici, per la ritirata del Sor. duca di Parma... di veder presto eletto un re cattolico di Francia»<sup>57</sup>.

FRANCIA: ¿UN PROBLEMA DE INTOLERANCIA O DE FALTA DE DINERO?

Un memorial dirigido al pontífice sobre la situación en Francia y cómo remediar todos los problemas, insinuaba que lo que el papa debía hacer era aclarar si se podía ser católico y obedecer a los herejes en materia de estado. Es decir, si se podía llegar a un acuerdo pacífico como en Alemania, «viviendo ognuno la liberta di consciencia». El legado Cayetano siempre actuó en contra de esta posibilidad, porque las consecuencias en Alemania fueron nefastas, y estaba persuadido que en Francia pasaría lo mismo<sup>58</sup>.

El duque de Sesa y el conde Olivares pensaban lo mismo que Cayetano. Decidieron apoyarse en el cardenal Paleotti para convencer a Urbano VII. Debía obtener del papa que excluyera todo tipo de negociación con Enrique de Navarra. Después de algunas conversaciones con el papa, Paleotti manifestó a los embajadores españoles que Urbano VII no podía hacer más de lo que ya había hecho, pues sin suficiente información sería una temeridad actuar. El papa acudiría a la congregación de Francia, creada interinamente por Sixto V. Al recibir Felipe II esta inesperada noticia escribió estas palabras: «desde aquí [Madrid] se le puede enviar [la información]»<sup>59</sup>.

Los cardenales más antiguos de la congregación de Francia eran Colonna, Aragón, San Severina y Santiquatrí, que serían los primeros en

<sup>57</sup> *Nuntiaturberichte aus Deutschland*, I, 2. Nuntius Ottavio Mirto Frangipani (1590 Agosto-1592 Junio), editado por Burkhard Roger, Wien 1969, 10-12.

<sup>58</sup> Biblioteca Apostólica Vaticana. Ubr. Lat. 854, 580. «Discorso sopra lo stato presente delle cose del regno di Francia el del remedio che visi potrebbono dare per accomodarlo, 1590».

<sup>59</sup> AGS. E. 955. Sesa a Felipe II, Roma, 23 septiembre 1590. «El cardenal Paleotto ha quedado deste cónclave tan agradecido como entenderá por el cardenal Madruzzo y el conde de Olivares..., y porque es uno de los mayores amigos que el papa ha tenido a quien da el crédito que su virtud y buenas partes merecen».

ser consultados por Urbano VII antes de juntar a toda la congregación. Los embajadores españoles actuaron con rapidez para que los cuatro cardenales estuvieran «prevenidos de lo que conviene decirle [al papa]»<sup>60</sup>.

Pero Urbano VII sí tenía información cumplida de todas las novedades ocurridas en Francia. Tan sólo puso como excusa la carencia de información para así poder también agradar a los venecianos, que le pedían con insistencia que actuara con imparcialidad. Es decir, que no entregara ningún dinero a Felipe II ni censurase a los católicos que seguían a Enrique de Navarra. Ahora Urbano VII se daba cuenta de lo que suponía actuar con imparcialidad desde el poder.

El embajador veneciano Badoer pronto supo que Sesa y Olivares solicitaban a Urbano VII que se resolviera cuanto antes en el problema de la Liga y se inclinara a ayudar al menos económicamente al ejército del duque de Parma. Fue entonces cuando Badoer suplicó al papa que no se inclinara hacia nadie, argumentando que esa debía ser la actitud de todo sumo pontífice<sup>61</sup>. Era la prolongación de una política de equilibrio emprendida por los venecianos desde que en 1573 se separaron de la liga santa. Precisamente el agudo Olivares denunció en 1587 a Felipe II ese doble juego cuando el embajador veneciano en Francia propuso a Sixto V retirar la excomunión contra Enrique de Navarra, confirmando así la sospecha que Olivares tenía, según la cual los «venecianos eran los principales consejeros del papa en anteponer estas falsas conveniencias de Estado a todo lo demás»<sup>62</sup>.

Para Felipe II el doble juego veneciano era importante, pero aún lo era más la actitud que pudiera adoptar Urbano VII. El rey no podía prescindir de la ayuda económica que el papa le podía proporcionar. Insistió mucho e incluso se obstinó con este tema por la verdadera necesidad de dinero. Ordenó a Olivares que hiciera todo el esfuerzo posible para que «de más de darse esta ayuda de dinero, sea tan presto como conviene para que las cosas de aquel reino, sin caer en nuevos peligros, se acaben de asentar... - continuaba la carta- y así lo tomad muy de veras, como la cosa en que mayor servicio ahora puedo recibir». Felipe II necesitaba ese dinero para poder sustentar al ejército de Parma, liberar París, frenar a Enrique de Navarra y, si se daba la ocasión, sentar en el trono de Francia a su hija Isabel Clara Eugenia. Podía ser la última oportunidad para neutralizar a sus enemigos. Al mismo tiempo pondría en la cabeza de su querida hija una de las mejores coronas de Europa.

<sup>60</sup> AGS. E. 925. Sesa-Olivares a Felipe II, Roma, 13 septiembre 1590.

<sup>61</sup> ASVen. Senado, dispaci, Roma, 25, 42-56, Badoer al doge, 22 sept 1590.

<sup>62</sup> AGS. E. 949, 33-34. Conde Olivares a Felipe II, Roma, 27 marzo 1587.

Parma pedía vehementemente ayuda financiera, toda vez que sus recursos se habían agotado, pues el 27 de julio de 1590 había dejado los Países Bajos para ayudar a los católicos de París, y desde esa fecha no había recibido dinero<sup>63</sup>. Creyendo el rey poderlo obtener de la Santa Sede, pidió a Olivares que si conseguía sacar dinero lo enviara «volando» para que llegase a tiempo, porque «allá es mucho menester». El rey prudente sabía que podían encontrarse dificultades, por eso ahora más prudente que nunca continuó su carta a Olivares diciendo: «si hubiere dificultades, no se las escribáis todas [al duque de Parma], por no entibiar los progresos, sino templad la relación». El rey reconocía humildemente ante su embajador que las arcas de la monarquía estaban exhaustas. Además no quería provocar que Farnesio detuviera el socorro de París por falta de dinero. Por otra parte, su natural orgullo le obligaba ante la Santa Sede a mantener las apariencias. Así decía a Olivares: «porque lo de acá está tan agotado que si falta esse socorro ha de ser de terrible inconveniente, aunque esto será bien que no se entienda allá en el extremo que es, apuntádoles lo que hubiere de aprovechar y no más». El rey, de su puño, terminaba con unas trepidantes palabras: «esto último es como se dice, por donde veréis lo que conviene que se consiga lo que aquí se dice»<sup>64</sup>.

Parma, como era previsible, reclamó la prometida y esperada ayuda económica, pidiendo a Olivares «un buen golpe de dinero». También hizo notar al embajador los inconvenientes que surgirían en Francia si los católicos elegían rey a uno de la sangre Borbón, mostrando así sus deseos para que la corona de Francia pasara a la Infanta Isabel Clara Eugenia. A lo primero le contestó según las indicaciones del rey, mientras que a lo segundo descartó esa posibilidad, pues Olivares todavía creía que la Infanta sucedería legítimamente a Isabel de Inglaterra.

Felipe II intentó antes de la elección de Urbano recibir dinero de la Santa Sede. Sesa recordó al rey que no había ninguna posibilidad de obtenerlo mientras se estuviera en sede vacante. Unos días antes había escrito al rey con palabras muy claras. Decía: «nos desengañaron todos [los cardenales] que de ninguna manera podían disponer de un real conforme a la bula de Pío IV y otras que lo vedan expresamente»<sup>65</sup>. Pero una vez elegido Urbano VII tampoco podía decir al rey que había obtenido el vil metal. Al menos daba una buena noticia: había intervenido

<sup>63</sup> AGS. E. 2855. Consultas del consejo de Estado, 10 enero y 2 de setiembre 1589. AGS. E. 2219. Felipe II al duque de Parma, 7 septiembre 1589. AGS. E. 2220, Felipe II al duque de Parma, 4 abril 1590.

<sup>64</sup> AGS. E. 955, 67-68. Felipe II al conde de Olivares. San Lorenzo 24 septiembre 1590.

<sup>65</sup> AGS. E. 955, 28. Duque de Sesa a Felipe II, Roma, 8 septiembre 1590.

documentos importantes. Gracias al embajador de la Liga de Francia en Roma, Sesa había conseguido interceptar unas cartas de los cardenales de Vendôme y Lancourt, fieles seguidores de Enrique de Navarra, para al duque de Luxemburgo, en las que «acuden al de Bearne confesándole por su rey»; así que en cualquier momento podía enseñárselas al papa, y éste, por consiguiente, censurarlos<sup>66</sup>.

El papa debía decidirse sobre el problema de Francia. Parecía estar dispuesto entregar ayuda financiera a Felipe II para impedir así que los católicos siguieran a Enrique de Navarra, pero la realidad era otra. De la misma manera que se mostró tan enérgico en 1579 contra la ayuda de Anjou y Orange a los católicos descontentos de Flandes, ahora debía ser él quien favoreciera económicamente al ejército de Parma para frenar a los católicos descontentos de la Liga. Sería adoptar una actitud contradictoria y el papa no quiso tomar una resolución tan comprometida en tan poco tiempo de gobierno. Alegó prudentemente la falta de información.

Los embajadores españoles comunicaron ingenuamente al rey que Urbano VII efectivamente no tenía por qué conocer todas las particularidades de Francia, pues nunca se había ocupado de ellas. La mejor manera de conseguir la ayuda financiera sería que el papa fuera informado por un prelado de los que estaban con el legado Cayetano. Mientras llegaba ese hombre, Sesa y Olivares tratarían de convencer a Urbano VII para que enviara un breve a Cayetano confirmándole como legado y alabando la constancia que había tenido y lo bien que había servido a la Sede Apostólica. El objetivo de este breve era hacer ver a los cardenales y nobles católicos que seguían a Enrique de Navarra que el deseo del papa era que abandonaran al pretendiente a la corona, porque su situación no era «conforme a lo que disponen los cánones». El breve estaría escrito de tal forma que se pudiera imprimir y así se divulgara rápidamente. El papa cedió, aunque dijo que esto era lo máximo que podía hacer «contra los que seguían al príncipe de Bearne»<sup>67</sup>.

Urbano VII sabía que el problema de Francia era que al morir el cardenal de Borbón, Carlos X, los católicos no tenían un pretendiente a la corona de Francia, mientras que los hugonotes contaban con Enrique de Navarra. Esto había producido que numerosos católicos abandonaran la Liga y se juntaran a Enrique, toda vez que no se entendían con

<sup>66</sup> AGS. E. 955, 45-50. Duque de Sesa a Felipe II, Roma, 23 octubre 1590. Felipe de Lenoncourt † 1592. Carlos de Borbón de Vendôme † 1594.

<sup>67</sup> AGS. E. 955, 25. Duque de Sesa a Felipe II, Roma, 23 septiembre 1590. El breve en AGS. E. 955, 23, «Copia del breve del papa Urbano VII dirigido al cardenal Caetano, Legado en Francia».

los Guisa y tenían gran envidia del duque de Mayenne. El papa también sabía que los católicos franceses no permitían ser dirigidos por un pretendiente con poca categoría. Al faltar la cabeza real, de quien podían esperar recibir luego las legítimas gratificaciones por los servicios prestados, sería prácticamente imposible que la nobleza católica de Francia permaneciera unida<sup>68</sup>. No es extraño que el duque de Mayenne escribiera a los cardenales animándoles a elegir un papa que secundara las intenciones del rey católico. Además envió un embajador especial para la consecución de este principal objetivo<sup>69</sup>.

El duque de Sesa creyó en un primer momento que Urbano VII se mostraba partidario de los intereses de España, pues éste dijo «no una, sino muchas veces que si V. M. [Felipe II] le quería para sí [el reino de Francia] holgaría dello». Palabras vacías, pues Urbano VII no estaba dispuesto a ceder, ya que poner la corona de Francia sobre la cabeza de la Infanta de España suponía entrar en una guerra abierta contra los estados pequeños de Italia. Dichos estados presionaron al papa para impedirlo, porque creían que Felipe II quería dividir Francia y quedarse sino con toda al menos con el «pedaço» que pudiera<sup>70</sup>.

Contarini, el agudo embajador veneciano en Roma, apuntaba que Felipe II era plenamente consciente que para mantener la tranquilidad en Italia había de procurar que se estableciera un rey en Francia que poseyera todo el reino unido; pero independientemente de quién fuera el que heredara la corona, el rey católico intentaría recuperar el marquesado de Saluzzo, pues siempre lo había considerado suyo. Este objetivo sólo se podía alcanzar dejando hablar a la armas, especialmente estando interesados en dicho marquesado los duques de Saboya y Lorena. De hecho, según testimonios de algunos consejeros de Felipe II, —decía Contarini— «chiunque que fusse Re di Francia, ancora che fusse figlio dal Re di Spagna, havrebbe nemico di questa corona [de España]»<sup>71</sup>.

Aunque los embajadores españoles idealizaban que Urbano VII era partidario de romper toda negociación con Enrique de Navarra, la verdad era bien diferente. El duque de Luxemburgo, embajador de Enrique en Roma, abandonó la ciudad furtivamente pocos días después de la muerte del papa Peretti. Antes pudo entrevistarse con el cardenal de-

<sup>68</sup> AGS. E. 955, 25. Duque de Sesa a Felipe II, Roma, 23 septiembre 1590.

<sup>69</sup> AGS. E. 955, 48. Duque de Mayenne a un cardenal, Campo de Brie, 20 septiembre 1590.

<sup>70</sup> AGS. E. 955, 25. Duque de Sesa a Felipe II, Roma, 23 septiembre 1590. El rey anotó sobre la carta de: «bueno es esto para lo que fue el otro día», refiriéndose a los malos momentos de la época de Sixto V.

<sup>71</sup> ASVen. Senato, dispaci, Spagna, 22. 304-305. Contarini al Doge, 1 nov 1590.

cano y el cardenal Montalto, sobrino de Sixto V<sup>72</sup>. En previsión de que el nuevo papa fuera también partidario del diálogo con Enrique, el duque de Luxemburgo dejó a su secretario en Roma. Urbano VII recibió en audiencia a dicho secretario y sorprendentemente se mostró favorable a que el duque regresara a Roma. Era un golpe mortal contra las pretensiones españolas. Los embajadores españoles comprendieron a la muerte de Urbano VII que el duque de Luxemburgo «entraría en Roma sin pedir permiso»<sup>73</sup>.

#### MUERTE DE URBANO VII

Urbano VII dejaba este mundo el 27 de septiembre. El embajador veneciano en Roma, Badoer, escribió estas bellas palabras: «ha reso S. S. il spirito al Creatore, havendo fatta si pia et christiana morte come ha pia et christianamente vivuto». El secretario de Badoer estuvo presente durante todo el tiempo de su agonía. El embajador terminaba diciendo: «l'anima de si santo Pontefice sarà salita con canto de gl'angeli alla sede preparatali nel cielo; ma la corte et la Christianità tutta restarà in terra sconsolata piangendo la perdita di tale pastore». Ese mismo día los cardenales de curia comunicaban la noticia a los reyes y príncipes cristianos, a todos los nuncios, y al resto de cardenales y principales obispos<sup>74</sup>.

El mismo día de la muerte del papa, Badoer escribía que un predicador de los jesuitas había divulgado algunas exageraciones sobre el problema de Francia, exhortando al pueblo a rezar por el progreso de los de la Liga, la destrucción de la herejía, de Enrique de Navarra y de sus seguidores, sin cuidar los razonables términos exigidos por Sixto V<sup>75</sup>.

El embajador veneciano en España, Contarini, no sólo describía en el mismo despacho cómo fue recibida la muerte del papa, sino también la inesperada noticia de la liberación de París. Los acontecimientos coincidían cronológicamente, y Contarini los vinculaba por la actitud favorable de Urbano VII hacia España.

El aviso de la muerte de Urbano VII llegó a Madrid el 27 de octubre provocando en Felipe II y en todos los ministros un gran disgusto. Contarini justificaba esta actitud porque creían «haver perduto un papa che veramente fusse secondo il suoi loro». El embajador veneciano ha-

<sup>72</sup> AGS. E. 955, 28. Duque de Sesá a Felipe II, Roma 8 septiembre 1590.

<sup>73</sup> AGS. E. 955, 45. Duque de Sesá a Felipe II, Roma, 23 octubre 1590.

<sup>74</sup> ASV. Arm. 45, 37. 81 ss. Todas las cartas utilizan el mismo estilo.

<sup>75</sup> ASVen. Senado, dispaci, Roma, 35, 72-78. Badaor al doge, 29 septiembre 1590. Decía: «poco curando li ragionevoli termini constituiteli da Sisto Quinto».

bía interceptado una carta del papa para el rey donde se ponía de manifiesto la dependencia del pontífice. El papa decía que al haber encontrado el erario de la Sede Apostólica rico, con mucho oro, el papa prometía emplearlo en la defensa de la Cristiandad.

Felipe II respondió con generalidades, puntualizando luego que ese dinero estaba bien emplearlo así, pero que era aún más importante castigar con las censuras eclesiásticas a todos los que se adherían a Enrique de Navarra, presunto rey de Francia. Ahora, con la muerte del papa todo se desvanecía.

El rey católico había nombrado embajador extraordinario para rendir obediencia a Urbano VII al duque de Feria, pero la noticia de la muerte detuvo su viaje. Por otra parte, monseñor Pietro Mellini, que era sobrino del papa, fue nombrado nuncio de Madrid, pero no recibió a tiempo las facultades para ello, por lo que irónicamente comentaba Contarini que en un segundo había perdido todas sus ilusiones de grandeza. Mellini resultaba ser un paradigma de los cambios de la fortuna. Contarini tenía argumentos más que suficientes para pensar así: felicitó efusivamente a Mellino por su nuevo cargo de nuncio, pero al día siguiente hubo de darle el pésame por la muerte de su tío y la pérdida de la nunciatura<sup>76</sup>.

Felipe II era sin embargo de otra opinión. Además de aprobar la persona de Pietro Mellini estaba dispuesto a recomendarle para el puesto de nuncio ante el nuevo papa, pues «su persona y buen proceder lo mereçe». Muerto Urbano VII, Mellini quedaba «desamparado», pero el rey prudente creía justo que todos le ayudasen, por lo que ordenó a Olivares que hiciera «oficio muy eficaz» para que quedara como nuncio en Madrid y al mismo tiempo colector, «como el papa Urbano le avía ordenado»<sup>77</sup>.

Muy bien estas palabras podían ser reacción a otras que escribió Olivares un mes antes. El conde estaba persuadido que Urbano VII crearía cardenal a su sobrino Mellini, y por eso dijo al rey que «sería bueno

<sup>76</sup> ASVen. Senado, dispaci, Spagna, 22, 295-298, Madrid 23-27 oct. 1590. Tommaso Contarini al doge. «Onde in certo momento gli sono state troncate tutte quelle speranze per le quali poteria haver sollevato il suo animo a pensieri grandi et a fini supremi, havendo mostrato con il suo essemplio quanta varietà possa causar la fortuna con il suo girare, poiché andai un giorno a casa sua piena de letitia a rallegrarmi della nunciatura havuta, et ritornai il giorno seguente a far offitio lugubre per la perdita del zio et di tutte quelli beni che ragionevolmente egli poteva prendere».

<sup>77</sup> AGS. E. 955, 77. Felipe II al conde de Olivares, San Lorenzo, 20 octubre 1590.

que V. M. le obligase con escribir al papa en favor suyo, en que también habría de por medio la lisonja que el mismo papa recibiría<sup>78</sup>.

La importante noticia de la liberación del asedio de París y la retirada de Enrique de Navarra adquirirían tras la muerte de Urbano VII nueva significación. Contarini insinuaba que en la corte filipina estaban seguros que dicha liberación favorecía a la Santa Sede y se había conseguido gracias a las armas de España<sup>79</sup>.

Parma, en efecto, había liberado París el 19 de septiembre. Ahora se esperaba que con la ayuda del ejército de Flandes pudiera recuperar definitivamente las plazas fuertes que circundaban la ciudad. Parecía que con el éxito de la Liga Católica las circunstancias favorables que antes rodeaban a Enrique de Navarra habían desaparecido del todo. De hecho, en la corte de Felipe II se decía que Enrique de Navarra o por muerte o por otra exclusión sería del todo privado de la corona de Francia; por tanto, no se podía admitir a la sucesión ni al cardenal de Vendôme ni a ninguno de sus hermanos, pues habían nacido de un padre hereje y habían favorecido siempre a los hugonotes. Pero Urbano VII ya no podía llevar a efecto tal exclusión.

Un mes después de la muerte de Urbano VII, tanto el duque de Sesa como Felipe II reflexionaron fríamente sobre las verdaderas intenciones del papa. El embajador español decía que aunque en un primer momento creyó que Urbano VII se mostraba partidario de España «en materia de dinero», ahora creía que «no nos hinchara mucho la bolsa». Sesa acababa de saber que el papa emplearía el dinero del castillo de Sant'Angelo «en desempeñar ventas de este estado eclesiástico, que está muy cargado». Justo al revés que Sixto V, que empeñó todo lo que pudo «para meter dineros en el castillo por algunos designios».

Los cardenales creían que aunque Felipe II tenía muchas necesidades, el dinero que le llegaba procedente de América era suficiente para sufragar todos los gastos. Aseguraban además que el estado eclesiástico era una «misericordia» y que «de los papas no han de pretender los reyes dinero adinerado, sino gracias para sacar [dinero] de sus reinos y la autoridad y favor espiritual»<sup>80</sup>.

<sup>78</sup> AGS. E. 956. Conde de Olivares a Felipe II, Roma, 24 septiembre 1590. No parece que dicha carta se llegara a escribir. Finalmente Mellino fue nuncio en España durante los años 1592 y 1593, en ASV. N. S. Lettere di M. Pietro Millini, 3-8-1592; 13-3-1593.

<sup>79</sup> ASVen. Senado, dispacci, Spagna, 22, 295-298, Madrid 23-27 oct. 1590. Tomasso Contarini al doge. «S'e inteso qui con molto contento la liberatione de Parigi dall asedio et la ritirata di quel Re con le sue genti, essendo stato portato lá viso a sua Maestà et in questa villa... et perche se veduto essere proceduto questo bene alla sede catholica in quel regno solamente dal consiglio et dalle armi di questa corona».

<sup>80</sup> AGS. E. 955, 35. Sesa a Juan de Idiáquez, Roma, 23 octubre 1590.

El prudente Felipe II reconocía que aunque no se había conseguido sacar dinero de Urbano VII, parecía que, al menos, «iba entendiendo bien los negocios de Francia». Sin duda alguna el rey así lo creía porque Urbano VII había procurado «desviar todos los católicos del de Bearne, como en el establecer un rey católico»<sup>81</sup>.

El último de los desengaños fue a propósito de la renovación de las «tres gracias». Los embajadores españoles en Roma creyeron conseguir de Urbano VII, de suerte que Felipe II dispondría de seis años de excusado, seis de subsidio y once de cruzada. La muerte repentina de Urbano VII impidió que se firmaran los breves<sup>82</sup>.

#### CONCLUSIÓN

En tan sólo trece días, Urbano VII recibió las normales presiones de quienes se encuentran en la cúspide del poder. Ya no podía actuar con la misma libertad con que actuó en las nunciaturas de España, Venecia y Colonia. Ahora era el Papa, sentiría el peso de ser Pastor universal, debía complacer a todos. Las presiones de España y Venecia, las tensiones entre los diferentes cardenales, la difícil resolución a tomar sobre el montante económico heredado, y la mayor dificultad: legitimar la obediencia a un rey hereje como Enrique IV eran unas de las muchas circunstancias que envolvían la figura del papa. ¿Cómo actuar con imparcialidad?

La elección de Juan Bautista Castagna supuso un claro cambio político europeo. Se abandonaron los antiguos usos de Sixto V, y la política de equilibrio por él mantenida durante cinco años se perdía. Felipe II abrigó la esperanza de un mejoramiento de su situación financiera y política en Francia, pues un apoyo decidido del nuevo papa a la Liga haría cambiar la situación.

Sin embargo, durante los trece días del pontificado la monarquía hispánica no pudo conseguir ninguna ayuda económica, pues el nuevo papa recibía simultáneamente presiones de Enrique IV y Venecia para que se mantuviera neutral. No obstante, sí se obró un cambio significativo, pues con la nueva elección el duque de Parma cobró aliento para liberar París, ya que las noticias que le llegaban eran favorables. Dicha

<sup>81</sup> AGS. E. 955, 79. Felipe II a Sesa, San Lorenzo, 20 octubre 1590.

<sup>82</sup> AGS. E. 956. Conde de Olivares a Felipe II, Roma, 24 septiembre 1590. Olivares se lamentaba cinco días más tarde. «Era un papa seguro. Si viviera dos días más sacaría los despachos de la prorogación de las gracias», en AGS. E. 956. Conde de Olivares a Juan de Idiáquez, Roma, 29 septiembre 1590.

liberación supuso un respiro para las pretensiones filipinas, y de hecho la prolongación de la guerra durante ocho años.

Aunque Urbano VII dirigiera los destinos de la Iglesia por tan breve espacio de tiempo, el mero hecho de su elección y unas pocas decisiones pusieron en marcha un movimiento favorable a Felipe II. Movimiento que estaba enérgicamente detenido por el papa anterior.

El duque de Sesa comunicaba la muerte del papa con estas sencillas palabras llenas de esperanza: «Con razón podemos creer que esté gozando de Dios. Su Divina Majestad se sirva dar a su Iglesia el Pastor que han menester estos tiempos»<sup>83</sup>. La muerte del papa dejó un profundo sentimiento de pesar, y, lejos de elegir rápidamente un sucesor, la Iglesia vacó durante dos meses y nueve días. El nuevo papa será un milanés, Niccolò Sfondrati, que eligió el nombre de Gregorio XIV. Su pontificado no llegó a cumplir un año.

<sup>83</sup> AGS. E. 955. Duque de Sesa a Juan de Idiáquez, 28 septiembre 1590.